Revista de Dialectología y Tradiciones Populares,
2008, enero-junio, vol. LXIII, n.º 1,
págs. 173-186, ISSN: 0034-7981

La utopía en el exilio. Un ensayo de escritura etnográfica 'en contra de la cultura' [1]

Utopia in Exile: A Try for Ethnographic Writing 'Against Culture'

MARGARITA DEL OLMO
Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC, Madrid

RESUMEN

El objetivo de este artículo es ofrecer al lector una reflexión sobre la escritura etnográfica basándome en dos textos diferentes producidos a partir del mismo trabajo de campo, realizado en Buenos Aires y en Madrid entre enero de 1985 y diciembre de 1988, sobre los exilados argentinos en España a causa de la dictadura de la *Junta militar* entre 1976 y 1983.

Palabras clave: Trabajo de campo, Posmodernismo, Exilio, Argentina.

SUMMARY

This paper provides the reader with an analysis of ethnographic writing based upon two different texts produced from a single fieldwork. This fieldwork, which was done in Madrid and Buenos Aires between January, 1985 and December, 1988, concerned Argentine exiles from the *Junta Militar* dictatorship of 1976 to 1983.

Key Words: Ethnography, Fieldwork, Postmodernism, Exile, Argentina.

INTRODUCCIÓN

Para satisfacer las pretensiones de ofrecer una reflexión sobre la escritura etnográfica, voy a tratar de hacer un análisis comparativo de un caso

[1] Este texto se ha enriquecido significativamente con los comentarios de Fermín del Pino y las discusiones que hemos mantenido para tratar de entendernos y explicarnos.

de estudio en dos versiones escritas radicalmente diferentes: ambas basadas en el mismo trabajo de campo, realizado en Madrid y en Buenos Aires entre enero de 1985 y diciembre de 1988 entre los exilados argentinos en España. Las dos versiones a las que me refiero son, la primera, *La construcción cultural de la identidad: Inmigrantes argentinos en España*, que fue mi tesis doctoral y que publicó la Universidad Complutense de Madrid en 1990; y la segunda, el libro *La utopía en el exilio*, editado en la *Biblioteca de Dialectología y Tradiciones Populares* del Departamento de Antropología del CSIC en el año 2002.

Entre los años que separan estas dos versiones no realicé ningún trabajo adicional de campo formal sobre el tema, aunque sí mantuve muchos de los contactos que había establecido en él; por lo que quiero dejar claro desde este momento que el material etnográfico empleado en los dos casos fue fundamentalmente el mismo. Quizá por esta razón es por lo que me parece aún pertinente contribuir a un debate sobre la escritura etnográfica analizando los motivos, las ideas, las expectativas que hay detrás de cada uno de los dos modelos; y sobre todo, sin más, explicando la necesidad aparente de volver diez años después a emplear un material que en principio parecía haber cumplido perfectamente su función. Permítaseme hacer una introducción a ambos.

A) *La construcción cultural de la identidad (1990)*

A diferencia de la mayoría de mis colegas interesados sobre el tema del exilio y de todos los que consideran su primer interés un análisis más concreto sobre el tema de la identidad de los exiliados, yo empecé al revés: estaba preocupada por un tema tan resbaladizo como es el de la *identidad cultural*, y elegí desde España, y como española, un caso de estudio que me permitiera probar mis hipótesis teóricas sobre qué era la identidad cultural y cómo se construía ésta.

En 1986 —año en el que empecé mi tesis doctoral— España comenzaba a transformarse lenta pero perceptiblemente en el país de inmigración por excelencia en el que se ha convertido a principios del siglo XXI, habiendo sido un país emisor de población y de exiliados a lo largo de todo el siglo XX, en particular a partir de la guerra civil de 1936. El colectivo de argentinos expulsados de su país por la dictadura de la Junta Militar iniciada en 1976 fue uno de los primeros en instalarse, a finales de la década de los setenta, y en ser percibido así en el contexto de la sociedad española, ya entrada la década de los ochenta.

El simple hecho del desplazamiento de un país a otro me pareció entonces que era un factor suficiente, en sí mismo, como para pensar que se

trataba de un grupo de individuos que debían de haber sufrido una fuerte crisis de identidad. Y una situación de crisis me resultaba útil —metodológicamente— para abordar y tratar de definir mejor un tema tan espinoso y resbaladizo como es el de la identidad cultural. En el caso de los exiliados argentinos mi suposición resultó ser errónea, ya que —como abordaré a lo largo de este texto— la crisis de identidad era efectivamente detectable en ellos, pero no se debía propiamente al desplazamiento desde un país a otro sino a factores mucho más complejos, que formaban parte misma de las causas del propio exilio.

En cualquier caso, la elección del grupo de los argentinos en España en 1986 como un caso de estudio plausible en el análisis del tema de la identidad cultural fue la que determinó mi interés por el fenómeno del exilio, y mi primer contacto con el tema. En 1988 me permitió iniciar la investigación una beca de cuatro años del Plan de Formación de Personal Investigador del Ministerio de Educación español, lo que incluía una adscripción por cuatro años al Departamento de Historia de América (en medio de historiadores y antropólogos americanistas) y al de sociología comparada del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, así como una estancia de tres meses en el Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos de Buenos Aires. Mi intención entonces era hacer un trabajo clásico de antropología de la migración, como la de otros muchos candidatos doctorales; pero a partir de los primeros planteamientos empezaron a acumularse una serie de problemas metodológicos que supusieron un serio desafío al proyecto previsto en mis primeras intenciones. Los más importantes fueron los siguientes:

El primero, que los exiliados no eran exiliados —técnicamente hablando— por dos motivos: en primer lugar, no lo fueron nunca desde el principio, porque España en aquella época no reconocía todavía oficialmente el estatuto de refugiado político; pero además, propiamente hablando, no lo eran porque el exilio argentino había terminado tres años antes de que yo empezara mi trabajo; es decir, en 1983, cuando se celebraron en la Argentina las elecciones democráticas que llevaron a la presidencia a Raúl Alfonsín.

El segundo, que los argentinos no se consideraban a sí mismos como un grupo claramente definible dentro de la sociedad española: porque entendían que había entre ellos mismos más cosas que les separaban, enfrentaban y enemistaban que las que les unían.

El tercero, que la frontera entre el exilio político y la inmigración voluntaria era una línea quebradiza, frágil y ambigua: por lo tanto, muy difícil de trazar en mi caso de estudio.

El cuarto, que resultaba imposible obtener cifras fiables sobre el grupo; es decir, saber incluso de cuántos individuos estábamos hablando. Las razones de ello son variadas y complejas: entre ellas, la deficiencia de la in-

formación en los censos españoles al respecto. Pero, en mi opinión, la razón fundamental de esta incertidumbre radicaba en el hecho de que muchos argentinos poseían doble nacionalidad, y habían entrado en España como españoles.

Todos estos problemas me obligaron a adoptar una perspectiva mucho más heterodoxa de la que había previsto, que afectaba tanto al planteamiento teórico como a la metodología y al proceso de análisis de los discursos. El resultado final fue una tesis doctoral —publicada por la Universidad Complutense en su colección de tesis doctorales al año siguiente de su defensa en 1989— cuya estructura se dividía fundamentalmente en dos partes (teórica y analítica):

La primera parte tenía el objetivo de ofrecer previamente un modelo teórico de análisis de la identidad cultural, una vez revisadas las aportaciones anteriores, procedentes tanto del campo de la antropología como de otros campos cercanos (tales como la psicología social o la sociología). A lo largo de la segunda parte de la tesis, pretendía poner a prueba este modelo de análisis teórico utilizando el caso de estudio elegido —el de los exilados argentinos en España—, a pesar de todos los desafíos teórico-metodológicos que el caso planteaba. El análisis del caso elegido a través del modelo propuesto me condujo entonces, finalmente, a las siguientes conclusiones, que recojo a continuación, en dos largas citas:

> La identidad cultural es un fenómeno [social] derivado de un proceso dinámico y en continua reelaboración, que se produce por contraste, y que consiste en seleccionar las semejanzas y las diferencias más significativas entre aquello que se contrasta para asignar una categoría a la información que se recibe sobre el entorno.
>
> Por este motivo, un proceso de identificación tiene como objetivo establecer y organizar las relaciones que un individuo mantiene con el medio ambiente que le rodea, asignado y asumiendo posiciones culturales [que yo hoy denominaría sociales], esto es, categorías de adscripción que implican el conocimiento de una serie de normas de conducta que funcionan como referentes de la comunicación, y que se encuentran organizadas de acuerdo a una escala de valores que es compartida [y hoy añadiría aquí la palabra *relativamente*] por todos los miembros que componen un determinado [grupo].
>
> La identidad cultural es, por lo tanto, el resultado de asumir y compartir esa escala de valores, simbólicamente absolutos dentro de los límites de [un grupo], que organiza de forma jerárquica las normas de conducta que se derivan de todos y cada uno de los papeles sociales que pueden ser asignados o asumidos en el seno del universo simbólico de [ese grupo].
>
> Cada una de las identidades sociales que un individuo puede llegar a ejercer [...] es el resultado de asumir como modelos de referencia de la comunicación que se puede llegar a establecer con el entorno, unas normas de conducta que son simbólicamente relativas por referencia a la escala de valores relativa que se

> comparte. Una identidad individual es aquello que resulta de combinar, de forma concreta y específica, cada una de las identidades sociales que una persona puede llegar a asumir simultánea o alternativamente a lo largo de su vida.
>
> La posibilidad de seleccionar una identidad a la hora de asumirla o adscribirla queda limitada por la disponibilidad de identidades de los términos entre los cuales se establece la relación y, entre esos límites, está determinada por la tendencia individual a identificarse con aquello que se supone cercano a los propios intereses o expectativas y, frente a [...] aquello que se aleja de los mismos (del Olmo 1990: 240-241)[2].

A partir de este momento el trabajo argumenta la idoneidad —como factores de influencia— de las situaciones de crisis en el análisis de la identidad cultural, justificando el caso de estudio elegido en función de esta hipótesis. Y concluye así, en relación con las hipótesis teóricas formuladas por el modelo:

> El origen de la crisis de identidad observada entre los [...] argentinos en Madrid es [...] atribuible [...] al enfrentamiento ocurrido [en la misma Argentina entre varios modelos de sociedad]. La imposición de uno de estos [modelos] sobre los demás, tal y como puede interpretarse el gobierno ejercido por la Junta militar argentina (1976-1983) puede muy bien haber originado una crisis de identidad entre aquellos que propugnaban los modelos que fueron [no sólo rechazados sino aplastados simbólica y físicamente por la Dictadura] [...]. La colonia integrada por los inmigrantes argentinos en Madrid, aunque parece no haber desarrollado estrategias colectivas de interacción [...] y [en consecuencia] cada uno de sus miembros se ve obligado a [seguir estrategias individuales], sí dispone, en cambio de un nivel de agrupación suficiente como para que, si no todos, muchos de sus miembros consigan una legitimidad [colectiva] suficiente para su comportamiento, a través de una serie de relaciones privadas que les unen con otros argentinos con los que elaboran de forma [compartida] un proceso de reconstrucción de la identidad cultural (*ibid.*: 246-250).

Por lo tanto, el análisis realizado sobre el caso de estudio elegido a través del modelo propuesto consiguió, por un lado, dar sentido a los desafíos que al inicio del trabajo parecían insalvables; y, por otro, me obligó a reelaborar el modelo teórico haciéndolo mucho más complejo y más operativo. Y en este sentido, como escribí al principio, el trabajo cumplió satisfactoriamente su función. Sin embargo, a largo plazo, me provocó dos insatisfacciones de mucho mayor calado y alcance.

La primera de ellas fue la sensación de haber "usado" el exilio un poco precipitadamente, sin haberlo siquiera contado. Intelectualmente ello implicaba un fallo humano, por eludir la responsabilidad de transmitir la enorme riqueza del material acumulado a lo largo del trabajo de campo. Moral-

[2] Para la explicación "dialéctica" y referencial, véase Barth 1976.

mente me sentía responsable de haber silenciado las batallas desesperadas por recobrar un sentido para la vida que libraron en su exilio en territorio español los supervivientes físicos del proceso de exterminación conocido con el eufemismo de "Guerra sucia", que tuvo muy poco de guerra y mucho de sucia.

La segunda de las insatisfacciones tiene mucho más que ver con la batalla estrictamente académica que se ha librado, fundamentalmente a lo largo de la década de los noventa del siglo XX, en el seno de la disciplina antropológica en torno al concepto de cultura (Cf. Fox 1999). En mi opinión, esta batalla no ha sido bien resuelta, a pesar de intentos como el de Richard Fox y Barbara King en *Anthropology Beyond Culture* (2002), que propugnan dejar en suspenso un concepto de cultura sobre el que los antropólogos no vamos a conseguir nunca un acuerdo unánime. A cambio, nos instan a no malgastar nuestros esfuerzos, dirigiendo el interés hacia otras polémicas que puedan resultar más fructíferas, en su opinión, para la práctica antropológica.

Al desarrollar mi análisis en el campo de *la construcción cultural de la identidad*, era consciente de que un concepto clásico de cultura me había permitido alcanzar una serie de conclusiones sobre un caso de estudio realmente problemático. Pero también, al mismo tiempo, me obligaba a enfrentarme a una serie de *paradojas,* que dejaba sin resolver. Con más experiencia, tal vez me hubiera decidido a desechar el análisis y el modelo; pero, a los 29 años, desafiar el concepto de cultura —básico en la disciplina en que iniciaba mis primeras escaramuzas— me parecía una actitud un tanto arrogante, desde mi inexperiencia. Así que dejé las cosas como estaban y dirigí mi interés, a partir de la finalización de la tesis, a un tema todavía directamente relacionado con la identidad cultural, pero ya un tanto alejado de mi perspectiva de análisis original, como era el del racismo como 'mecanismo social'. A largo plazo, esta nueva línea me dirigiría hacia una confrontación mucho más frontal con el concepto de cultura…[3].

Estos incómodos flecos, combinados con diez años de transformación y maduración intelectual, son los que me llevaron a escribir en 1998 *La utopía en el exilio* (que se publicó en 2002), sobre la base de los mismos materiales de la tesis doctoral. Me gustaría dedicar el resto del presente texto a analizar *a posteriori* las entretelas que dieron lugar a este nuevo trabajo, con cuyo resultado quiero contribuir al debate sobre la *escritura etnográfica*, que nos ocupa.

[3] Remito al lector a mi ponencia, aún en prensa, ante el IUAES Intercongres, celebrado en Pardubice (República Checa), entre el 29 agosto y el 3 de septiembre de 2005.

B) *La utopía en el exilio. Un ensayo escrito "en contra de la cultura" (2002)*

Se trata en este caso de un libro muy particular para mí, que además ha despertado reacciones bastante encontradas: desde las lágrimas silenciosas de un exiliado peruano que acompañaban a un reconocimiento personal en la lectura, hasta las críticas a la legitimidad de su sistema de transcripción contenidas en una de las reseñas que se han hecho al libro, pasando al mismo tiempo por un análisis de sus aportaciones a la posmodernidad o su contribución al tema del exilio argentino, cuyo interés ha sido reivindicado en el mundo académico a lo largo de los últimos años[4].

Mi objetivo al escribir este libro fue doble, y estaba relacionado directamente con las dos sensaciones incómodas —fruto de los análisis realizados sobre el trabajo de la tesis— a las que me he referido anteriormente. Por un lado pretendía ofrecer al lector un *puzle* narrativo de las diversas versiones surgidas de mis conversaciones con algunos exiliados, en tanto que 'discursos' producidos por el empeño en convencerme de la legitimidad exclusiva de los cambios y transformaciones que había sufrido en su etapa del exilio cada uno de los numerosos protagonistas con los que hablé, argumentando casi siempre en contra de la legitimidad de la mayoría de los procesos que otros exiliados habían experimentado, en su misma situación. Por otro lado, lo que yo pretendía ahora con ese contraste de relatos era señalar la contingencia y la variabilidad de todas y cada una de estas versiones, para luego oponerlas al ejercicio simplificador que impone el concepto de cultura trazando una línea insoslayable entre las categorías del "nosotros" y "los otros".

Sin embargo, no he tenido nunca la intención —que a veces me ha sido atribuida— de evitarme a mí misma, para darle la palabra a la otra persona; sencillamente porque no creo que eso sea posible, rigurosamente hablando. Por otro lado, soy perfectamente consciente de que los relatos que el libro recoge son fragmentarios, contingentes, personales y, por lo tanto —subrayo—, carecen de representatividad grupal o nacional, y están provocados más bien en reacción a la relación que entablaron conmigo las diversas y concretas personas. Ellos no dicen lo que querrían decirle al público, en general, sino que están "negociando" conmigo —en un frágil equilibrio— por adoptar una decisión entre lo que creen que quiero escuchar y lo que pretenden decir referente a esas expectativas que ellos se han formado sobre mí.

De manera que no ha sido nunca mi objetivo darles la posibilidad de

[4] Véase al respecto, por ejemplo, el volumen 34 de la revista *América Latina Hoy*, de 2003, sobre el tema *Exilios. Historia reciente de Argentina y Uruguay.*

alcanzar directamente a un público (por pequeño que pueda ser el mío): entre otras razones, porque algunos de ellos eran escritores con voz propia y público amplio —al que les han contado su exilio como y cuando les ha parecido bien— incomparablemente mayor que el que yo misma pueda nunca llegar a tener. En parte, el nombre de "Utopía" adoptado como título de mi versión de esos discursos quiere reproducir tanto lo que tienen de versiones propias, sin limitaciones espaciales, como de propuestas susceptibles de ser asumidas de un modo idealizado por un público mayor.

En cuanto a su estructura, el libro está dividido en dieciocho capítulos, agrupados en tres partes. La primera parte —titulada "Desde España"— agrupa los relatos que construyeron aquellos exilados que estaban radicados en España. La tercera —"Desde Argentina"— se ocupa de los que habían regresado a la Argentina después de que el exilio hubiera concluido. Entre ellas dos, una pequeña segunda parte intermedia —"Entre España y Argentina"— desdibuja la frontera entre la primera y la tercera partes, desarrollando la conversación mantenida con un exiliado que, aunque aún vivía en España, estaba ultimando sus trámites para regresar a la Argentina. La intención de quebrar la línea divisoria entre los que habían vuelto a la Argentina y los que vivían en España responde a la clara percepción que tuve acerca de la dificultad de reconocer dónde se emplazaban a sí mismos cada uno de los grupos: no sólo física sino también simbólicamente, porque muchos de los que se quedaron soñaban con volver, y porque entre los que regresaron había personas que contemplaban seriamente —o jugaban con la idea de— volver a España, esta vez de forma voluntaria.

Los dieciocho capítulos van precedidos de un *Prefacio*, en el que se explica cómo y por qué se ha llevado a cabo el libro, así como de una *Introducción* que pretende inscribir el trabajo en el marco de una perspectiva académica; y van seguidos de una pequeña sección titulada *Sin conclusiones,* para expresar mi propia perplejidad ante el fenómeno estudiado. A continuación, un *esquema cronológico* que abarca desde 1958 a 1993, tratando de señalar algunos de los acontecimientos que ocurrieron en Argentina, con el objetivo de que un lector español pueda emplazar en el tiempo algunas de las referencias que hacen los protagonistas del libro. Por último —quiero recalcarlo como expresión de mi intención de autora— se emplean dos tipos de letra, reservando las *itálicas* para mí (y en ello incluyo el prefacio, la introducción, etc. y mis propias intervenciones en los relatos), y el resto en redonda recogiendo los testimonios de mis entrevistados.

El empeño de escribir este libro fue seguir literalmente la propuesta de Lila Abu-Lughod, quien utiliza esta expresión ("en contra de la cultura") para reivindicar su exploración de lo que denomina una *Etnografía de lo particular* como instrumento estratégico para desarrollar un "humanismo tácti-

co" que evite "justificar la dominación en el contexto de un mundo que organiza la desigualdad global sobre la base de las diferencias culturales". Son sus propias palabras extraídas de su artículo "Writing Against Culture" (Abu-Lughod 1991), donde propone a cambio:

> centrar la atención detenidamente en los individuos y en sus relaciones sometidas a un continuo cambio, para contrarrestar las connotaciones más problemáticas de la cultura: es decir, la homogeneidad, la coherencia y la ahistoricidad (1991: 154, traducción mía).

Siguiendo esta propuesta, adopté yo luego mi propia y actual posición de que "la cultura debería dejar de ser una unidad significativa de análisis, si lo que pretendemos es tratar de entender la enorme complejidad de los procesos que caracterizan nuestro complicado mundo contemporáneo", proponiendo a cambio comenzar a "analizar los procesos que confirman las experiencias cotidianas de las personas en las interacciones sociales" (del Olmo 2004).

Y añado ahora que la "Introducción" de *Utopía en el exilio* aclaraba que con ese punto de vista —tal vez de forma individual, contingente y fragmentaria— se trataba de llevar a cabo un experimento metodológico, basado en el empeño de:

> evitar la construcción y el uso de las categorías 'cultura' y 'otro' y, además, eludir las generalizaciones que el empleo de ambas permite, [...] explorando lo que ocurre cuando no se utilizan, y evaluando la contribución de esta perspectiva a las corrientes revisionistas que se han desarrollado en el seno de la Antropología en los últimos años (del Olmo 2002: 17).

La "Introducción" exploraba el modo como debería realizarse esta nueva aproximación metodológica al caso de las versiones argentinas de su propio exilio en España, para lo cual continuaba argumentando:

> Parto de la hipótesis de que los relatos que reúne el libro son una versión de un proceso de interacción que tuvo lugar en un momento dado, un proceso en el que se negocia un acuerdo social y que, para ello, produce un material simbólico determinado. Este material ha sido reinterpretado por mi parte con posterioridad, de acuerdo a un interés específico: la utopía y el exilio.
>
> Sin embargo, mi objetivo es evitar cualquier generalización sobre la utopía o sobre el exilio para enfrentar al lector con cada una de las experiencias singulares y únicas que reúne el libro. Lo que intento, precisamente es enfatizar la capacidad del ser humano para ensayar respuestas distintas ante los mismos problemas y su maestría en el manejo de las relaciones sociales, especialmente a la hora de presentarlas como las únicas alternativas viables.
>
> Cada capítulo presenta un material que es el resultado de negociar en una conversación, un acuerdo social que legitima la coherencia (elaborada "a posteriori") de las respuestas ante los desafíos provocados por los cambios experimen-

> tados, casi siempre ofreciendo un contraste positivo con respecto a lo que les ha ocurrido a las personas de alrededor, que son las que constituyen el marco de referencia social.
>
> Mi intención a la hora de escribir *La utopía en el exilio* ha sido tratar de que cada persona convenza al lector, es decir, que consiga su acuerdo. O para emplear términos más adecuados, lo que he pretendido ha sido transmitir al lector mi acuerdo, convencerle de que me convencieron todos y cada uno de ellos de manera individual, de que su postura era la única posible [en términos de legitimidad].
>
> Si he logrado este objetivo habré sabido incorporar las contradicciones y, por lo tanto, legitimar las diferencias.
>
> Ahora bien, si hubiese empleado la categoría "otra cultura", habría convertido a mis informantes en "otros". Al hacerlo lo que hubiese construido habría sido una barrera de significados que distanciaría al lector y suspendería su opinión, en espera de que yo misma les informara acerca de cuáles eran sus "diferencias culturales" que justifican su "comportamiento diferente". De esta manera sería imposible negociar un acuerdo, porque como "otros" les veríamos de forma distinta, y estaríamos dispuestos a concederles casi todo, con tal de que estuviese claro que no pertenece al "nosotros". Cualquier diferencia es posible, o es aceptable, con tal de que no sea nuestra, con tal de que no sea necesario considerarla como parte [legítima] de nuestra propia experiencia.
>
> Espero haber sabido evitar todo esto, porque lo que propongo es precisamente lo contrario. Quiero lograr una reacción particular del lector ante cada discurso, ante cada argumento, ante cada una de las diez y ocho negociaciones concretas que buscan un acuerdo que sancione la viabilidad de sus actitudes ante los cambios. Lo que persigo de esta forma no es más que tratar de despertar el interés y el respeto del lector. Un respeto y un interés genuino y desprovisto del ejercicio de poder que entraña la decisión de excluirles al convertirles en "otros".
>
> *La utopía en el exilio* pretende ensayar una antropología sin "nativos" y propone como objeto de estudio alternativo la negociación social que tiene lugar entre yo misma y [las personas] que toman parte. Ello implica un desafío al papel tradicional del investigador, puesto que le traslada desde las sombras de su papel de demiurgo a la esfera social activa, donde actúa como uno de los agentes responsables de la producción simbólica *(*del Olmo 2002: 18-19).

Evidentemente, como se deduce de mi postura metodológica, este trabajo acabó sin conclusiones, pero incluía una sección al final con ese título ("Sin conclusiones"*)* para justificar el por qué, y termina afirmando:

> No creo que pueda ofrecer nada más estimulante que la capacidad de provocar una duda, porque me parece que la perplejidad ayuda a advertir el verdadero valor de las diferencias (*ibid.*: 311).

La duda que pretendí provocar —así, expresada de forma ambigua— tiene que ver en realidad con la certeza del conocimiento, y pretende desafiar cualquier imagen que tenga el lector sobre el exilio, y en concreto, sobre los exiliados argentinos que sobrevivieron a su exilio en España. Creo

que cualquiera de los relatos que ofrece el libro puede contradecir las experiencias personales del lector, confrontando las ideas que contienen o se derivan de sus estereotipos. Si esto es así, el libro habrá conseguido la meta última que persigue: la curiosidad, la necesidad de preguntar su versión al próximo exiliado con se que tenga oportunidad de charlar, por oposición a la pasividad interpretativa a la que muchas veces conduce la certeza del conocimiento.

C) *Algunas conclusiones para el debate*

A modo de conclusión, y con el objetivo de contribuir al posible debate, me gustaría hacer una reflexión acerca de algunas de las ideas propuestas, a partir del análisis de mi propio proceso de escritura.

En las dos monografías que he tratado de reproducir mínimamente, mi presencia como etnógrafa ofrece dos alternativas muy distintas entre sí. En *La construcción cultural de la identidad* aparece mi autoría siguiendo un canon tradicional, casi como la de un demiurgo que cuenta en primera persona su experiencia, sin reconocer explícitamente su presencia: excepto —como suele ocurrir en las monografías clásicas— en la sección de agradecimientos de una manera más personal, y en la introducción siguiendo una estructura más académica. Desde perspectivas diferentes, ambas secciones del libro pretenden explicar al lector cuáles han sido las circunstancias particulares del estudio: el marco, los objetivos, las propuestas y, sobre todo, las limitaciones. *La utopía en el exilio* pretende ya evitar esa presencia constante pero invisible, aclarando —incluso gráficamente gracias a los distintos estilos de letra— dónde y cuándo intervengo, y cuál es mi papel en cada momento.

Entre las dos formas de hacer me ha resultado mucho más satisfactoria esta segunda, por varias razones, aunque rara vez la he empleado en otros trabajos. En primer lugar me parece más *honesta*, porque no tengo la impresión de abusar ni de "desgastar" la voz ni la presencia de las personas que colaboraron conmigo en el trabajo, poniendo en boca ajena ideas que puedo yo haber deducido de las suyas. Pero además me parece más *justa*, porque tampoco extraigo de sus discursos lo que me resulta útil para el análisis desechando todo lo que se aleja de mi interés concreto, y responde más bien al de la persona con la que hablo. Lo que presenta el texto es precisamente una combinación de esos intereses y, aunque soy perfectamente consciente de que he seguido dejando fuera una gran cantidad de material a partir de una elección arbitraria, por personal, el objetivo de tal selección fue precisamente el de enfocar el intercambio establecido entre lo que yo quería saber y lo que ellos me querían contar.

En cuanto al análisis de casos en que pueda establecerse "una genealogía realista del proceso concreto de elaboración de una monografía antropológica", no sé si los que he presentado resultan útiles o no en este sentido. En primer lugar, porque se trata de un proceso doble, o al menos de una genealogía diferente a partir del trabajo de campo: que responde más que a la evolución del trabajo en sí, a mi propia biografía, en la que se mezclan mi vida personal y mi trayectoria académica de una manera tan sutil que resulta inútil tratar de desenredar. A pesar de ello, he intentado señalar cómo y por qué los flecos no resueltos de un trabajo me condujeron al otro; pero no he eludido abordar otra serie de preocupaciones, fundamentalmente teóricas —tanto mías propias como de la disciplina—, que también jugaron un papel relevante al ensayar la perspectiva desde la que escribí *La utopía en el exilio*, algunas de las cuales me llevaron por otros derroteros que trascienden el análisis del trabajo específico que he abordado aquí. Así que, si bien de forma muy esquemática, podría decir que la genealogía realista de *La construcción cultural de la identidad* cabe resumirla así:

1. planteamiento de hipótesis
2. búsqueda de un caso de análisis a partir de la hipótesis previa.
3. desarrollo del modelo teórico
4. trabajo de campo
5. formulación del modelo teórico
6. análisis del caso de estudio
7. reformulación del modelo teórico.

En el caso de *La utopía en el exilio* resulta mucho más difícil intentar hacer una genealogía de este tipo, ni siquiera esquemática. De antemano, contaba con dos puntos de partida: un material etnográfico muy rico y sólo parcialmente explorado, por un lado, y una serie de insatisfacciones interpretativas, resultantes de la reformulación del modelo teórico del trabajo anterior y de su cambio, por el otro.

Ambos puntos de partida permanecieron más o menos irreconciliables, a lo largo de casi diez años de trabajos realizados en otra línea; diez años en los que tuvo lugar un significativo desarrollo de las líneas teóricas en la disciplina antropológica. Me refiero fundamental, aunque no únicamente, a lo que se conoce como "el giro reflexivo" y la polémica en torno al concepto de *cultura*. Todo ello, entremezclado con mi propia biografía, como he indicado antes, me inclinó a trabajar con mayor imaginación a la hora de idear soluciones, y tal vez más coraje a la hora de ponerlas en práctica. Arropada por esta doble sensación me enfrenté a los dilemas no resueltos y empecé a pensar en una re-exploración del material etnográfico. El resultado fue un período de introspección etnográfica, a lo largo del cual escri-

bí *La utopía en el exilio*, que no me permitió resolver los problemas, según creo, pero me ayudó enormemente a profundizar en ellos. Y aún sigo haciéndolo, aunque ahora centrada en otros temas conexos (la inmigración en la escuela, los conversos españoles al Islam y el racismo, en general).

Por último, me gustaría concluir comentando mi trabajo en relación con el "componente subjetivo como condición de la objetividad científica". A este respecto debo comenzar afirmando que no creo —ni he creído nunca— en la objetividad de la antropología: me siento incluso incómoda con la palabra *ciencia*, prefiero usar 'disciplina' y me parece más adecuado aún describirla como 'artesanía'. *La utopía en el exilio* es un trabajo escrito y concebido desde la contingencia y la duda —como he subrayado antes— y, por lo tanto, no tiene ninguna pretensión de objetividad, como tampoco la tuvo en su día *La construcción cultural de la identidad*. No ha sido nunca mi intención *explicar* al lector ni el exilio ni la utopía, como tales fenómenos reales, sino subrayar que se puede vivir y explicar de muchas formas, contradictorias entre sí y exclusivas las unas de las otras. Estoy segura de que cualquier otra persona hubiera preguntado de otra forma a sus informantes, con otros objetivos. Por otro lado, quizá habría cometido equivocaciones distintas a las mías, y de otro lado habría entablado una relación distinta y obtenido un relato diferente.

Todo ello lo veo en total contradicción con cualquier pretensión de objetividad científica, de mi parte o de otra. Al menos, entendida ésta como la define, por ejemplo, el *Diccionario de la Real Academia* de 1992: "dícese de lo que existe realmente, fuera del sujeto que lo conoce", o como "perteneciente o relativo al objeto en sí y no a nuestro modo de pensar o sentir". Tal vez mis colegas disientan tanto de estas definiciones como de mis propios argumentos anteriores, pero no por eso creo que el debate carezca de interés, por lo que no quiero finalizar sin antes agradecerles la invitación para contribuir a la discusión sobre el tema de la *Escritura etnográfica* y su amabilidad al leer estas páginas, que proceden en gran parte de mi experiencia personal.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

ABU-LUGHOD, L. 1991. "Writing Against Culture", en R. Fox. (ed.), *Recapturing Anthropology. Working in the Present*: 137-162. Santa Fe (Nuevo México, EE. UU.): School of American Research Press.

BARTH, F. 1976. *Los grupos étnicos y sus fronteras*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

FOX , R. (ed.). 1991. *Recapturing Anthropology. Working in the Present*. Santa Fe (Nuevo México, EE. UU.): School of American Research Press.

—. 1999. "Culture—A Second Chance?". *Current Anthropology* 40 Supplement.

FOX, R. y B. KING. 2002. *Anthropology Beyond Culture*. New York: Berg.
OLMO del, M. 1990. *La construcción cultural de la identidad: inmigrantes argentinos a España*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
—. 2002. *La utopía en el exilio*. Madrid: CSIC.
—. 2004. "Trading with Differences: Racism from Race to Culture". *Cuadernos del* Sur (Bahía Blanca, Argentina) 3: 9-23.
—. "Racism from Race to Culture: A Theoretical Contribution to Analyze Racism as a Social Mechanism", en *Racism Many Faces. The Challenge for all Anthropologists and Ethnologists* (en prensa).

Fecha de recepción: 20 de octubre de 2005.
Fecha de aceptación: 23 de diciembre de 2005.